



MERCADO DE "EL CARMEN". BARRIO DE "EL PERCHEL". MALAGA.

# MARU CENTENO NECESITABA UNA VICTORIA

■ MARIA JOSE CAVADAS

**M**aru Centeno se agarra a llorar como una magdalena cuando escucha lo de "Lola Puñales". No puede resistirlo, se le coge un pellizco en la garganta que le estrangula. De niña quiso ser modista, como su tía. Le contaba cosas del taller de alta costura en la capital. Las modelos, los grandes estrenos, los vestidos largos de fiesta metidos en cajas alargadas de cartón y atadas con cintas de seda. Cuando terminara la siega cogería un tren y se instalaría de ayudante para traer los paquetes, hacer recados, lo que fuera, respirar un poco la atmósfera aquella, hasta que hubiera un hueco para hacer sobrehilvanados y pegar botones. Pero aquel verano conoció al que sería su marido, un albañil de la comarca. Todo empezó en las fies-

tas. La orquesta tocó un pasodoble y aquel mozo de camisa replanchada la sacó a bailar. A Maru se le olvidó la alta costura y un año después hacían las maletas en busca de fortuna.

Por aquel entonces, turistas pálidos llegaban a las playas ansiosos de sol y sobre aquellos terrenos calcinados brotaron edificios dispuestos a albergar tanta riqueza. En el NODO se inauguraban pantanos, carreteras y de los estercoleros del litoral salían modernas construcciones vestidas de moqueta. En el cine del pueblo estaban muy atentos por si en algún momento salía de refilón algún paisano y se contaban historias de cómo sonaba el dinero en el sur. Y entre tanto entusiasmo, la Maru tuvo tres hijos en una casa que tenía cocina de formica y sofá de "eskai".

La luz del Sur levanta a un muerto, pero Maru se atraganta con la "Lola Puñales" y entonces le entran ganas de pegar fuego al sofá de "eskai" y volverse al pueblo. Cuando eso ocurre, el piso de formica se hace tan pequeño que no puede respirar. Coge la bolsa de la compra y se echa a la calle.

Málaga huele a azúcar. Es imposible dar dos pasos seguidos sin toparse con una pastelería, confitería, heladería, salón de té, panadería-bollería, de tal forma que el perfume del horno ha desplazado a la brisa marina. Y en esta atmósfera almibarada, sus habitantes viven entre la montaña y el mar protegidos por una luz incendiaria.

Hace años que en el Perchel no se pesca una sardina. Sus habitantes colgaron los aparejos y se metieron en esa fiebre del oro que consistía en levantar apartamentos en un traspaso para que, a la mañana siguiente, turistas rubicundos cogieran una insolación. Pero aquella calentura también pasó y al mediodía el barrio tiene el ritmo anárquico de quien vive a salto de mata: un contratillo hoy, una chapuza mañana. En los bares siempre hay alguien y "hacer novillos" no es una tragedia, ni significa fracaso escolar.

A la Maru se le van los "malos rollos" de la cabeza cuando entra en el mercado. Es pequeño, limpio. Coherente. No tiene grandes aspiraciones, ni quiere parecerse a ningún otro. Pero lo que muestra es de calidad. En los mostradores de las pescaderías se apilan las torres de "concha fina", lisas, brillantes, lavadas. La gamba tiene un lomo rosado y terso. Las sardinas, escamas plateadas que brillan como centellas. Poco más. No pretende rivalizar con nadie. Pero el género es de ley. En aquella sobriedad, Maru encuentra un poco de equilibrio.

Luisa Méndez no hubiera cambiado su vida por nada en el mundo. Y su puesto de fruta es la mejor prueba de esta vocación. Abrillanta las manzanas y las coloca ceremoniosamente según la teoría de Keppler. Ella no ha oído hablar jamás de ese señor, pero sabe por experiencia que es la mejor forma de apilarlas. Y la más bonita. Las torres de man-

zanas parecen un mural de tonalidades que van del verde hierba al rojo. Soltera, si no por vocación, sí por exclusión, ha acabado por consagrar su corazón a las mandarinas y en esta trasposición de amores ha puesto tanto empeño que una cesta de zanahorias parece una composición digna de museo.

La muerte de su madre la volcó aún más en el mercado. Es la primera que aparece a la hora de la descarga y la última en cerrar. Cuando se marcha echa una última mirada y parece que hasta siente la despedida.

También es el cobijo de Maru. La única persona a quien ha confiado sus sospechas sobre el "tonteo" de su marido con la propietaria de la tienda de frutos secos. Pero Luisa calla. Y nadie sería capaz de arrancarle una afirmación ni una negación. "Tú, a lo tuyo", le dice. "Oye, que es mi marido", replica Maru. "Y ¿qué? Y tú eres tú".

Y de ahí no la sacas. Tanta discreción pone a Maru nerviosa, pero luego reflexiona y piensa que tiene razón, que ella debe estar a lo suyo, aunque no sabe muy bien qué significa eso.





Al pintar el día entran las primeras carretas de descarga. Los ojos están enrojecidos y los golpetazos de las cajas rompen la somnolencia. Silverio Prendes era zapatero en Albacete y siguió la ruta hacia el sur atraído por un sueño de gloria. Sabía que algunos se habían hecho ricos regateando con el cemento y aquilatando la calidad de los baldosines. Intentó hacer cuadrilla, pero alguno más listo se llevó el dinero. Suerte tuvo que un cuñado guarda civil le dejara compartir a medias una licencia de taxi y con lo poco ahorrado se hizo con un local. Lleva el bar más madrugador del barrio, donde se trasiegan los primeros "sol y sombras" del día.

Sólo en las primeras horas reina el perfume habitual de las ciudades marineras, porque, un poco más tarde, cuando de las tahonas empiezan a surgir las palmeras de chocolate, los pestiños y los cornetes, Málaga se inunda de un aroma de crema pastelera y ya no queda otra referencia playera que las indicaciones para ir a la costa.

El Perchel dio la espalda al mar, o quizás el mar no fue todo lo generoso que sus gentes hubieran esperado. Ahora, los "yonkies" inician su viaje aluci-

nado en el puerto, frente a un Mediterráneo calmo y cenagoso. En las callejuelas desconchadas del Perchel hay un tráfico de muerte y los sicarios reparten veneno para que los jóvenes se lo metan en vena junto a la línea azul.

Luisa Méndez tiene hoy una poderosa razón para vivir. Su mercancía es lo mejor que se vende en el Perchel. Frota un tomate con la bocamanga y lo muestra al marido de Maru. "Eh, tú, mira" El otro suelta un gruñido que puede interpretarse de mil maneras. "¿Qué sabrás?" dice para sus adentros Luisa, de una forma que también tiene mil significados. Y entonces piensa en su madre difunta, lo sola que la dejó en el mundo. Y da gracias a Dios no por haber encontrado jamás a un hombre que le chistara.

El Perchel está bajo la protección de la Virgen del Carmen. Y la devoción mariana ha mantenido viva su tradición marinera. Cuando llega la Semana Santa, la sacan en procesión mar adentro en medio de un ritual de cantos y cirios que pone la carne de gallina. Maru también llora entonces, aunque con un sentimiento distinto que cuando escucha "Lola Puñales".

Si hubiera seguido los consejos de su tía, hoy quizás sería primera modista de una firma acreditada de modas. Iría al pueblo con sombreros a juego con el bolso y los zapatos. Caminando muy erguida, como las modelos en la pasarela. A veces, cuando hace la cama, se mira en el espejo de la cómoda y sube los hombros, mete la barriga y anda de puntillas.

Después coge la bolsa de la compra y corre a preguntarle a Luisa Méndez si es verdad lo que se cuenta de su marido con la de los frutos secos y Luisa le ofrece manzanas muy brillantes y le dice que se dedique a lo suyo.

El autobús que recorre la costa ofrece un paisaje de orilla izquierda plagado de chalets y casitas de veraneo que Maru se conoce de memoria, desde los tiempos que eran simples mojones marcados sobre el terreno calcinado. Los asientos de la derecha dan a un azul inacabable. Curiosamente, esta parte le resulta más desconocida y le llaman la atención las diferentes tonalidades del agua. Cuando su marido trabajaba en la construcción, solía coger a los niños los domingos y visitar las obras. Daba gloria ver lo que habían avanzado en solo siete días. Lo que era un secarral de cardos se convertía, como por arte de encantamiento, en un bloque de apartamentos. Los edificios se alineaban hasta que la vista se pedía. Y ellos lo miraban con un orgullo infinito.

A Maru le remordía la conciencia, pero bajó en la parada acordada y se acodó en la barandilla que separaba el pequeño promontorio del agua. Desde ahí veía a los niños jugar con la arena y a las madres charlotear en corro. Esto aumentó su sentimiento de culpa, pero en ese momento ya era tarde para esquivar la cita. Años atrás había conocido un representante de harinas que le tiró los tejos en repetidas ocasiones. Pero en aquellos tiempos era demasiado joven y se sentía demasiado segura, no había nada en lo que reafirmarse. Ahora las cosas eran distintas, el mundo se despedazaba, al menos el mundo que construyó en su cabeza no tenía las piezas del mismo color.

Aquel martes fue tarde de domingo. Paseo por la playa, un helado de tres gustos en una cafetería y una despedida suficientemente confusa como para alentar la incertidumbre de un encuentro posterior. Al principio regresaba a casa con el corazón encogido, temerosa de ser descubierta. Pero a medida que pasaba el tiempo iba perdiendo la conciencia de furtiva y se cargaba de razones. Mil veces se repetía el derecho a luchar contra la soledad.

Cada martes, después de comer, tomaba el autobús y se apeaba en la misma plazoleta con arriates cuajados de azaleas. En ocasiones el mar se embravecía un poco y la espuma le llegaba hasta casi la barandilla. Ella se retiraba y rompía en una risa casi infantil. Las modelos de las revistas sonreían así, con una mezcla de ingenuidad y seducción.

El olor a pólvora era lo que más le gustaba de las fiestas. El estallido de los cohetes y las tracas le devolvían a la infancia. Para agosto, el mercado se encalaba de arriba a abajo, como en el pueblo el día del





patrono. Una comisión de festejos se encargaba de adornar el Perchel con guirnaldas y serpentinas. Luisa ponía los ramos de claveles, rojos y blancos. Los mismos colores que depositaba en el Monumento a Jesús el Pobre y en la tumba de su madre. Maru se hizo un vestido tableado sin mangas.

A mitad de la canícula un repiqueteo de tracas y volteo de campanas recorre España de norte a sur y este sonido tiene un inmenso poder para movilizar los resortes de la memoria. En el pasado, Maru saltaba de la cama al toque de Diana Floreada y desde el balcón de la casa de su padre veía desfilar a las damas de honor, acompañadas del alcalde vestido con el traje de boda, ya un poco estrecho.

Cada vez que escucha el chundachunda de una banda vuelve invariablemente al mismo balcón y esos recuerdos le estrujan la garganta, como la canción de la "Lola Puñales". No sabe de donde nace esa profunda melancolía, pero intuye que algo tiene que ver con la derrota. El Perchel amaneció bajo la misma luz calcinada que las fiestas de su juventud y Maru se preparó entre suspiros de pena y rabia.

Después del cierre, los comerciantes recogieron las cosas y cubrieron los mostradores con mantelillos de cuadros. La dueña de la tienda de frutos secos se marchó a cambiarse de ropa. Se despidió con un "hasta ahora" y al marido de Maru le sobró todo lo que tenía alrededor. Llegaban los músicos y en los lebrillos empezaba a mezclarse la primera limonada.

En las artes de la guerra jamás se han incluido los perfumes, pero Maru presentó batalla envuelta en un profundo aroma de nardos. Una mujer sabe que la victoria depende de un gesto ágil y calculado. Un tono de voz, una mirada, un movimiento del pelo. Había llegado a ese punto en que sobrevivir equivale a muerte y se lanzó al ataque con la temeridad del que no tiene nada que perder.

Estas decisiones emanan una energía que corta el aire y al entrar en el mercado se hizo un profundo silencio, como en los momentos cumbre de las grandes jugadas, en los que apenas se escucha el crujir de los naipes. Maru hizo ademán de coger un vaso y mil manos se ofrecieron. Durante unos segundos nadie soltó palabra y solo cuando dejó escapar un "Buenas noches" seco y cortante hubo algo de alivio. La partida había terminado.

La brisa marina adensa el olor a vino y sudor y Maru salió a respirar un poco. Una ligera neblina había tapado las estrellas y se acordó de otros tiempos, cuando su padre le indicaba el camino de la vía láctea mientras tomaban el fresco en las noches de estío. La llanura manchega está plagada de luceros centelleantes y los grillos marcan una sinfonía adormecedora. O quizás era que los recuerdos parecen infinitamente más lúcidos que el presente. Maru pidió otra sangría.

La música le zumbaba en los oídos y aún no había conciliado el sueño cuando el sol marcaba una línea naranja en el horizonte. A veces la frontera que divide el éxito y el fracaso es solo un pequeño charco. Ella lo había saltado vestida con los tacones de su madre, como una colegiala. Y le dio risa. Quiso preguntarle a su esposo algo que aún le quemaba, pero se dio media vuelta y se puso a pensar en sus cosas.

□

MARIA JOSE CAVADAS  
Periodista